

MIGUEL ÁNGEL CABRERA
JUAN PRO
(COORDS.)

**LA CREACIÓN
DE LAS CULTURAS
POLÍTICAS
MODERNAS
1808-1833**

VOLUMEN I

MARCIAL PONS HISTORIA
PRENSAS DE LA UNIVERSIDAD DE ZARAGOZA

ÍNDICE

PRESENTACIÓN DE LA OBRA	9
-------------------------------	---

INTRODUCCIÓN	23
MIGUEL ÁNGEL CABRERA Y JUAN PRO	

PRIMERA PARTE: LOS FUNDAMENTOS

EL SUJETO DE LA POLÍTICA: NATURALEZA HUMANA, SOBERANÍA Y CIUDADANÍA	37
MIGUEL ÁNGEL CABRERA (UNIVERSIDAD DE LA LAGUNA)	

EL DERECHO Y LOS DERECHOS	69
JUAN PRO (UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE MADRID)	

PATRIA Y NACIÓN	97
CORO RUBIO POBES (UNIVERSIDAD DEL PAÍS VASCO/EUSKAL HERRIKO UNIBERTSITATEA)	

CULTURA CATÓLICA: CONFESIONALIDAD Y SECULARIZACIÓN	127
EMILIO LA PARRA (UNIVERSIDAD DE ALICANTE)	

LA TURBACIÓN DE LOS TIEMPOS: RUPTURA TEMPORAL E HISTORIA EN LA CONSTRUCCIÓN DE LAS CULTURAS POLÍTICAS	155
JOSEP RAMON SEGARRA (UNIVERSITAT DE VALÈNCIA)	

SEGUNDA PARTE: LOS ESPACIOS

LA IMPRENTA Y LA OPINIÓN PÚBLICA	187
MARÍA CRUZ SEOANE	

LOS LUGARES DE SOCIABILIDAD: SALONES, CAFÉS Y SOCIEDADES.....	219
CARLOS FERRERA (UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE MADRID)	
LA POLÍTICA COMO CONTROVERSA: CRISIS CONSTITUCIONAL Y RESPUESTA SUBALTERNA EN LOS ALBORES DEL LIBERALISMO.....	251
JESÚS IZQUIERDO (UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE MADRID)	
CULTURAS POLÍTICAS DEL EXILIO.....	271
JUAN LUIS SIMAL (UNIVERSITÄT POTSDAM)	
TERCERA PARTE: LAS FAMILIAS POLÍTICAS	
LA FORMACIÓN DE LA CULTURA POLÍTICA LIBERAL EN ESPAÑA.....	299
NOELIA ADÁNEZ (UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE MADRID)	
LA CONSTRUCCIÓN INACABADA DE UNA CULTURA POLÍTICA REALISTA.....	319
JEAN-PHILIPPE LUIS (UNIVERSITÉ BLAISE PASCAL, CLERMONT-FERRAND)	
LOS AFRANCESADOS: EL ESTADO COMO MODERNIDAD POLÍTICA.....	347
JEAN-BAPTISTE BUSAALL (UNIVERSITÉ PARIS DESCARTES, SORBONNE PARIS CITÉ)	
BIBLIOGRAFÍA.....	375
ÍNDICE ONOMÁSTICO.....	415

PRESENTACIÓN DE LA OBRA

MANUEL PÉREZ LEDESMA
ISMAEL SAZ CAMPOS

¿Por qué una historia de las culturas políticas? ¿Qué es la cultura política? Así empiezan las introducciones a dos de las obras más importantes publicadas fuera de España y en España sobre culturas políticas¹. Por supuesto, no es fácil responder a ninguna de las dos preguntas. Por empezar con la primera, podría decirse que la presente obra en seis volúmenes corresponde a un ambicioso reto asumido desde una triple perspectiva: la conciencia de una insatisfacción, la percepción de que en la actualidad existen los suficientes elementos para hacerle frente y la convicción de su oportunidad, tanto como de su necesidad.

Insatisfacción, en efecto, porque a día de hoy, tras más de dos décadas de centralidad de la perspectiva de las culturas políticas en la historia contemporánea no disponemos aún, ni en España ni en América Latina, de una obra de amplio respiro historiográfico como lo pudo ser en su momento *The French Revolution and the creation of modern political culture*². Una obra en cuatro volúmenes en la que participaron algunos de los mejores especialistas de las historiografías francesa, británica y norteamericana y que se ha convertido en la gran obra de referencia. Ni disponemos tampoco de una síntesis como la llevada a cabo bajo la dirección de Serge Bernstein para la historia de las culturas políticas en Francia³.

Pero también conciencia de la posibilidad. Aun con la carencia apuntada, puede decirse que hay en las historiografías española y americanas suficientes

1 BERSTEIN (1999a), pág. 7; PÉREZ LEDESMA y SIERRA (2010), pág. 7.

2 BAKER (1987).

3 BERSTEIN (1999a).

elementos como para que el reto sea asumible. Así, disponemos ya de algunos balances sobre la recepción y desarrollo de la historia de las culturas políticas en España, en los que, por lo demás, no faltan los pertinentes esfuerzos desde el punto de vista de la reflexión teórica⁴. Tampoco faltan trabajos sobre culturas políticas específicas, tales como las relativas al primer liberalismo y sus desarrollos posteriores, al republicanismo, el tradicionalismo, el socialismo, el anarquismo, el fascismo o el nacionalcatolicismo. Muchos de los estudios sobre la historia política y sociocultural de la España contemporánea, por más que no hayan sido abordados explícitamente desde la perspectiva de las culturas políticas, constituyen un riquísimo vivero de aportaciones que, sin duda, enriquecerán cuantos trabajos se realicen ya desde este enfoque específico. Desde disciplinas vecinas, como la sociología y la politología, las culturas de la actual democracia española han sido objeto también de brillantes estudios. Mucho de lo dicho hasta aquí es aplicable, desde sus propias tradiciones y con sus matices específicos, a la historiografía latinoamericana⁵.

La conciencia de una insatisfacción, así como de la existencia de importantes aportaciones, determinan la convicción de que, hoy por hoy, es tan oportuno como deseable y necesario enfrentarse al gran reto al que nos referíamos. Y este reto es el que hemos asumido investigadores de siete Universidades españolas (Autónoma de Madrid, Cantabria, La Laguna, Sevilla, Valencia y Zaragoza). Todos ellos, con las siempre pertinentes colaboraciones externas, miembros de los respectivos proyectos de investigación que en su día promovieron la Red temática de *Historia cultural de la política*, la cual tuvo su continuidad en la actual Red de *Historia de las culturas políticas y de las identidades contemporáneas*, ambas financiadas por el Ministerio de Ciencia e Innovación⁶.

Un primer paso de este ambicioso proyecto fue la celebración de unas Jornadas de debate sobre «Culturas políticas. Teoría y método», que tuvieron lugar en junio de 2009 en la Institución «Fernando el Católico» de Zaragoza, y que dieron lugar al volumen coordinado por Manuel Pérez Ledesma y María Sierra —*Culturas políticas: teoría e historia*— al que hacíamos referencia más arriba⁷. Este esfuerzo de reflexión teórica e historiográfica, así como de sínte-

4 MORÁN (1996-1997 y 2010); BERAMENDI (1998); CASPISTEGUI (2004); DIEGO (2006); SAZ (2008); CABRERA (2010).

5 CASAÚS y ARROYO (2010); TABANERA (2008).

6 Acciones complementarias del Plan Nacional de I+D+i HAR2008-01453-E/HIST y HAR2010-12369-E, respectivamente.

7 PÉREZ LEDESMA y SIERRA (2010).

sis de historia de algunas culturas específicas, constituyó, a su vez, el punto de partida para toda una serie de reuniones científicas en las que los autores de los distintos volúmenes de la presente obra colectiva han debatido sistemáticamente y en diversos momentos acerca de los contenidos y enfoques que debían orientar las distintas aportaciones.

Naturalmente, central para todo esto era llevar a cabo el necesario esfuerzo de clarificación acerca de la segunda de nuestras preguntas iniciales: ¿Qué es cultura política? Y, más ampliamente, ¿qué entendemos por tal? ¿Cuál iba a ser el eje articulador de las distintas colaboraciones? ¿Cuáles las perspectivas teóricas e historiográficas? ¿Cuáles los objetos esenciales de estudio en un marco tan amplio temática y cronológicamente?

¿Qué se entiende aquí, entonces, por *cultura política*? Por supuesto, conviene recordarlo desde un principio, no existe una definición «canónica» de cultura política. Y, añadiremos, que no tiene por qué haberla. No hay un enfoque «dominante», ni en el plano de nuestra área de estudio ni en el más amplio de la historiografía internacional. No podía ser de otro modo si se tiene en cuenta que en torno a la noción de *cultura política* y sus usos confluyen —y divergen— distintas tradiciones y perspectivas historiográficas, politológicas y sociológicas. No es este, desde luego, el momento de llevar a cabo un seguimiento en profundidad acerca del modo en que la noción ha sido abordada desde los más variados enfoques. Aunque sí parece conveniente realizar una muy breve aproximación a algunos de los más influyentes.

El primero de ellos y referencia incuestionable para lo sucesivo fue el propuesto por Gabriel Almond y Sidney Verba⁸. Pionero en cierto modo en los estudios sobre la cultura política, fue sometido a fuertes críticas, hasta entrar, hacia los años ochenta, en un declive relativo. En efecto, por una parte, el modelo tenía el mérito de interrogarse, con una vocación interdisciplinaria, acerca de las «orientaciones específicamente políticas, (de las) posturas relativas al sistema político y sus diferentes elementos, así como (de las) actitudes con relación al rol de uno mismo dentro de dicho sistema»⁹. Pero, por otra parte, su vinculación al funcionalismo parsoniano, su fijación en un modelo anglosajón erigido en pauta normativa, su carácter consensual, su concepción restrictiva de lo político y el presupuesto de que la cultura política era la general de un Estado-nación constituido, fueron objeto de una crítica sin ambages que

8 ALMOND y VERBA (1970).

9 *Ibidem*, pág. 30.

contribuiría a explicar su, relativo, declive posterior¹⁰. Relativo, porque todavía hoy se habla, sin mayor ánimo reflexivo, de *la* cultura política de los españoles, los franceses, los americanos... Relativo también, por la existencia de nuevos desarrollos de amplia repercusión que, si bien enriquecen el enfoque original, no terminan de romper con el marco teórico de partida¹¹. Y relativo, en fin, porque en los ámbitos de la sociología política y cultural, se ha experimentado una profunda renovación de los estudios y de los enfoques sobre la cultura política. En especial, la llamada «tradición interpretativa», mucho más atenta a la centralidad de la cultura, que ha despojado al modelo inicial de sus elementos normativos, abierto los campos de investigación, ampliado los espacios de lo político y reivindicado la pluralidad de las culturas políticas¹².

Por supuesto, estas evoluciones acusan, por así decirlo, el impacto del llamado «giro cultural», en la sociología tanto como en la politología y la historiografía. Elemento fundamental en lo que se ha considerado la crisis de los grandes paradigmas —funcionalismo, estructuralismo, marxismo—, tal «giro cultural» ha marcado profundamente el estudio de las culturas políticas en el último campo mencionado, el historiográfico¹³. Así, desde la radical insatisfacción por los límites de la vieja historia social, la llamada «nueva historia cultural» ha incorporado, de forma compleja y diversa, enfoques propios de la antropología de Clifford Geertz o la lingüística de Ferdinand de Saussure, así como aportaciones de Edward P. Thompson, Michel Foucault o Pierre Bourdieu. Situada así la cultura en el centro de los procesos históricos, reconocida esta como un entramado simbólico de actividades, representaciones y prácticas constitutivas de lo «real» social y político, la cultura política dejaría de considerarse un fenómeno dependiente de otras estructuras para configurarse, ella misma, en una estructura independiente, capaz de dar sentido y explicar la evolución de los procesos políticos y sociales¹⁴.

Por supuesto, existen diferencias, y diferencias sustanciales, entre los historiadores que a grandes rasgos asumen estas líneas de renovación, entre, por ejemplo, Roger Chartier, Lynn Hunt o Keith M. Baker¹⁵. A este último, precisa-

10 La crítica más radical es probablemente la de Margaret Somers, especialmente cuando apuntaba que en muchos de sus desarrollos más tempranos el concepto de *cultura política* terminaba por utilizarse de un modo que no era político ni cultural. SOMERS (1996-1967).

11 Paradigmático en este sentido INGLEHART (1988).

12 Para una visión de conjunto al respecto, MORÁN (1996-1997 y 2010).

13 HUNT (1989).

14 *Ibidem*.

15 Para un detenido análisis de las semejanzas y divergencias entre los enfoques de estos autores, CABRERA (2010), págs. 58 y ss.

mente, se debe una de las formulaciones, a la vez más radicales e influyentes, de la noción de *cultura política*. Partiendo de una definición de lo político como «la actividad a través de la cual los individuos y grupos de cualquier sociedad articulan, negocian, implementan e imponen las demandas respectivas que se hacen entre ellos y al conjunto», la cultura política sería, para Baker, «el conjunto de discursos o prácticas simbólicas, mediante las cuales se realizan estas demandas»¹⁶. La cultura política así entendida definiría posiciones e identidades, constituiría significados y contextos, determinaría las acciones, procedimientos y decisiones políticas. La autoridad política sería, en suma, «una cuestión de autoridad lingüística»¹⁷.

Nítida y taxativa, como es, la aproximación de Baker puede ser considerada, por una parte, como «reduccionista» desde el punto de vista de la determinación lingüística¹⁸, o incluso, salvadas todas las distancias, «consensual», dada la centralidad que en sus trabajos sobre la Revolución francesa adquiere lo común y compartido en un lenguaje revolucionario dominante y preestablecido¹⁹. Con todo, la definición de cultura política como discurso y prácticas simbólicas, nos parece, a la vez, incuestionable e insuficiente. Porque, por una parte, es a través del análisis del discurso y las prácticas simbólicas —definidas estas en sentido amplio— como se pueden captar los elementos centrales de una cultura política, así como cualesquiera de sus articulaciones, prácticas, experiencias y evoluciones. Pero, por otra, la caracterización de una cultura política debe dar cuenta, igualmente, de sus «contenidos», valores, visiones, representaciones, prácticas y objetivos *específicos*.

Desde este punto de vista, basado en la complementariedad no excluyente de distintas perspectivas²⁰, cobran todo su valor las aportaciones de la última gran línea de aproximación al estudio de la historia de las culturas políticas, la que viene, en este caso, de la renovación de la historia política, especialmente en Francia. Como en el caso de la «vieja historia social», se parte aquí de una semejante insatisfacción respecto de lo que podríamos denominar la «vieja historia política». Como en aquel caso, aunque los referentes y alcances no sean exactamente los mismos, la noción de *cultura* se configura como el núcleo

16 BAKER (1987b), pág. 12 y (2006), pág. 94.

17 BAKER (2000).

18 CHARTIER (2000).

19 SIERRA (2010), pág. 240.

20 La necesidad de una cierta flexibilidad teórica ha sido planteada, como recuerda oportunamente María Sierra, por el propio Baker. SIERRA (2010), pág. 238; BAKER (2006).

esencial de la renovación de los estudios²¹. Aun a riesgo, una vez más, de simplificar en exceso, debe fijarse la atención aquí en las aportaciones de Serge Berstein y Jean-François Sirinelli. Del primero, cabe retener su noción de *cultura política* como «un conjunto de representaciones que configura un grupo humano en el plano político, es decir, una visión del mundo compartida, una común lectura del pasado, una proyección en el futuro vivida conjuntamente»²².

Las culturas políticas podrían entenderse, también, como un «código y un conjunto de referentes (especialmente, creencias, valores, memoria específica, vocabulario propio, sociabilidad particular)» o, en palabras de Berstein, como «conjunto(s) de representaciones portadoras de normas y valores». Las culturas políticas permitirían entender por qué los individuos adoptan determinadas posiciones políticas, pero constituirían también la identidad de las grandes familias políticas. Estas culturas políticas podrían identificarse con un partido u organización determinados, aunque se trataría, por lo general, de un fenómeno más amplio y complejo, además de frecuentemente transversal a distintas formaciones políticas²³. Los elementos de fuerza y coherencia de las culturas políticas radicarían en una serie de parámetros profundamente imbricados (fundamentos filosóficos o vulgatas doctrinales, referencias históricas, concepciones institucionales, visiones de las relaciones económicas y de la organización social...), cuyo conjunto se expresaría mediante un discurso, unos símbolos y unos rituales compartidos²⁴. Plurales, coherentes y complejas, aunque no inmutables, las culturas políticas se caracterizarían por su larga duración. Nacidas al calor de un acontecimiento histórico o momento «fundador», las culturas políticas evolucionarían con la sociedad en que se inscriben, podrían declinar y, aunque no morir, sí terminar por combinarse con otras culturas para dar lugar a nuevas configuraciones²⁵.

Tal vez podría reprocharse a la aproximación *francesa*, a la inversa de cuanto apuntábamos respecto de Baker, cierta indeterminación conceptual o una relativa ambigüedad a la hora de enfrentarse a la vieja dicotomía entre lo cultural y lo «real»²⁶. Sin embargo, pocas dudas pueden abrigarse respecto de la riqueza y complejidad del enfoque, la nitidez con que se subraya la pluralidad

21 SIRINELLI (1998a); POIRRIER (2004).

22 SIRINELLI (1998a y 1997).

23 *Ibidem*; BERSTEIN (1999a), págs. 9-12 y (1997), pág. 382.

24 BERSTEIN (1999b), pág. 391.

25 BERSTEIN (1999a), págs. 21-26.

26 BERSTEIN (1997), págs. 380-381.

conflictiva de las distintas culturas políticas, su gran potencial heurístico y, por qué no, su extrema utilidad a la hora de configurar la agenda de las investigaciones.

¿Qué noción se acepta entonces aquí? Tal vez sería mejor empezar por una definición negativa que permita acotar los términos de nuestra posición. Así, la historia de las culturas políticas no es una historia de las ideas con otro nombre; ni la historia de las organizaciones, políticas o no; tampoco es historia cultural o sociocultural *tout court*. No es nada de esto, pero tampoco excluye nada de esto. Necesariamente interdisciplinar, se nutre de las aportaciones de los distintos campos de estudio y disciplinas. Pero no es, ni puede ser, aunque a veces lo sea, una especie de «concepto paraguas»²⁷. Y no es, no debe quedar en una moda historiográfica, como tal efímera, que se contenta con renombrar, sin más, viejas prácticas²⁸.

Debe tenerse en cuenta, por otra parte, que las culturas políticas «no existen». Son, por decirlo brevemente, una construcción del historiador o del científico social, una herramienta de trabajo. Esto vale, por supuesto, para el conjunto de conceptos, modelos o nociones que maneja el investigador en cualquier campo de estudio. Pero en este caso de un modo más nítido. Las culturas políticas, se ha señalado ya, construyen identidades. Esas identidades no se afirman explícitamente, casi nunca, como tales *identidades políticas* por los distintos sujetos. No está en la tradición histórica que quienes se identifican con el liberalismo, el republicanismo o el fascismo se autodefinan como identificados con la *cultura política* liberal, republicana o fascista. Simplemente, se definirán, o así lo hacían en el pasado, como «liberal», «republicano» o «fascista».

Herramienta de trabajo, en fin, a la noción de *cultura política* hay que pedirle, como en todos los casos, aunque en este tal vez de forma más explícita, que sea útil. Lo que quiere decir, entre otras cosas, que deberíamos desterrar toda pretensión de que una noción de *cultura política* sea la «verdadera». De nuevo parecerá obvio, pero esto implica también descartar todo fundamentalismo teórico, toda percepción excluyente. El historiador debe conocer en efecto todos los enfoques y aproximaciones, para trabajar a partir de ahí según su propia perspectiva. Aunque siempre desde la flexibilidad y la coherencia, haciendo explícitos sus propios planteamientos de partida, con el horizonte siempre de que esa herramienta de trabajo desarrolle todo su potencial heurístico.

27 FORMISANO (2001), pág. 39).

28 SAZ (2008), pág. 221.

Este es, en cierto modo, el primer punto de partida de la presente *Historia de las culturas políticas en España y América Latina*. El de partir del conocimiento de, y reflexión sobre, los diversos enfoques y la complejidad del problema. Y hacerlo desde posiciones flexibles y en absoluto excluyentes.

Pero también, como decimos, desde la coherencia. Porque no se trata de elegir vagamente un enfoque o la síntesis de varios a beneficio de inventario. Por eso, se ha pedido a todos los colaboradores que expliciten sus puntos teóricos de partida, los «justifiquen» y se atengan a ellos en el desarrollo de su aportación; algo que lamentablemente no se ha dado en muchas de las investigaciones pretéritas. No se puede dar en esta obra colectiva, como venimos reiterando, una definición normativa a la que se tengan que atener inexcusable y rígidamente todos los participantes; pero sí se ha exigido que fuere el que fuese el planteamiento propio lo sea explícito y fundamentado.

Siempre desde los supuestos de la flexibilidad y la coherencia, en la concepción y desarrollo de esta obra colectiva, se ha partido de un concepto de la *historia de las culturas políticas* basado, como su mismo enunciado indica, en la *pluralidad* intrínseca de esas culturas, asociadas —en la perspectiva de Berstein y Sirinelli— a las grandes tradiciones y familias políticas: liberal, tradicionalista, republicana, socialista, libertaria, comunista, fascista, nacionalista(s)... En este sentido, queda excluida como marco general de la obra la perspectiva de *la cultura política* latinoamericana, o argentina, brasileña, española... Lo que no obvia, por una parte, la indagación en lo que pudieran ser en distintos momentos las culturas hegemónicas o en la existencia de valores compartidos por conjuntos amplios de la población a modo de cristalización de los inevitables, aunque mutables, puntos de convergencia entre las más importantes culturas políticas. Como no excluye tampoco, especialmente en lo que se refiere a la actual democracia española, que, desde los presupuestos de la interdisciplinariedad y el diálogo, se indague en la configuración, evolución y crisis de los valores culturales más o menos dominantes en el devenir de nuestras sociedades.

Subrayar la pluralidad y vinculación a las grandes tradiciones y familias políticas, tiene a su vez diversas implicaciones que, a grandes rasgos, presiden el desarrollo de la obra. Tales son, en primer lugar, la perspectiva de la *larga duración*, toda vez que los procesos de formación, desarrollo y crisis de las culturas políticas se dan históricamente en un amplio marco temporal. Presupone igualmente y por ello mismo que las culturas políticas cambian, evolucionan y eventualmente entran en declive. De ahí que en la división cronológica de la obra se haya intentado captar en todo momento tanto la perspectiva de la larga duración, como la de las evoluciones de esas culturas en sucesivos momentos históricos.

Además del eje cronológico, otros tres ejes son centrales en nuestro estudio. En primer lugar, el relativo al proceso de configuración y, en su caso, declive de las culturas políticas. Estas no nacen de la nada. Por más que sea casi siempre identificable un acontecimiento «fundador» —Revolución francesa, Guerra de la Independencia, independencias latinoamericanas, crisis finiseculares, 14 de abril de 1931...—, este se produce en el marco de toda una serie de valores culturales y políticos previos, cuando no de anteriores culturas políticas, que se reordenan y articulan de un modo nuevo. Lo que también vale para el momento de declive que puede producirse y dar lugar, por proximidad con otras culturas políticas, ya existentes o emergentes, a nuevos desarrollos y configuraciones, a nuevas culturas políticas (casos típicos serían el del tradicionalismo-Acción Francesa o del tradicionalismo-Acción Española). Esta *transversalidad* intrínseca está, por eso mismo, presente a lo largo de toda la existencia de una cultura política. La cual puede aparecer directamente vinculada a una u otra formación política, pero también puede no hacerlo o atravesar las fronteras entre distintas formaciones políticas.

En segundo lugar, ni rígidas ni inmutables, las culturas políticas interactúan entre ellas, condicionándose mutuamente, pero definiendo también marcos de *lenguaje común* en los cuales los distintos discursos se hacen reconocibles. En determinados momentos históricos —guerras, revoluciones, victorias o derrotas, dictaduras...—, los elementos compartidos entre diversas culturas políticas pueden ocupar el primer plano, lo que exige un esfuerzo del estudioso en las dos direcciones: la de la contribución de las distintas culturas políticas a la configuración y desarrollo de ese lenguaje común y la del modo en que este último incide en el propio discurso y prácticas de todas y cada una de ellas. Al mismo tiempo, sin embargo —y no sería aquí muy distinto el esfuerzo a realizar por el estudioso— las culturas políticas, por su propio contenido identitario y la fuerza de sus elementos simbólicos, pueden contribuir decisivamente a la destrucción de los códigos compartidos de una sociedad determinada, extremar las fracturas políticas y contribuir decisivamente a crear las condiciones para el desencadenamiento de una violencia muchas veces extrema.

Finalmente, aunque esta sea por lo general una de las perspectivas menos trabajadas hasta ahora en la historia de las culturas políticas, su carácter *transnacional* debe ocupar un lugar central en su estudio. Así se hace, en la medida de lo posible, en esta obra colectiva a la hora de aproximarse a las distintas culturas políticas españolas y latinoamericanas. Pero no es gratuito recordar ahora la existencia de este déficit en la mayoría de las historiografías y lo mucho que queda por hacer, también en todas ellas. Por paradójico que pueda

parecer, el fantasma del individualismo metodológico sigue planeando cual pesada losa sobre un objeto de estudio, el de las culturas, familias y tradiciones políticas, incomprensible si se prescinde de esta perspectiva transnacional.

Se apuntaba más arriba la fecundidad, a la vez que la eventual insuficiencia, de la propuesta de Baker de las culturas políticas como discurso y prácticas simbólicas, así como el gran potencial heurístico y para definir programas de investigación de las propuestas de Berstein y Sirinelli, con su énfasis, además de en los discursos, ritos y símbolos, en las creencias y valores comunes, en la memoria específica o en la sociabilidad particular. No son las únicas aportaciones, desde luego. Existen otras líneas de renovación que, en sus distintas formulaciones y aplicaciones a nuestro campo de estudio, han tomado en consideración los colaboradores en esta obra²⁹. Puede haber algo de eclecticismo en nuestro planteamiento. Pero no está dicho que haya que seguir a rajatabla a unos o a otros. O que no se tenga nada que decir o proponer a la hora de arbitrar una complementariedad coherente.

Es esta perspectiva la que ha hecho posible que en los sucesivos volúmenes se hayan podido estudiar las culturas políticas desde los múltiples planos de los discursos, de la construcción de los diversos contextos históricos, de la definición de los marcos de referencia en todos y cada uno de esos momentos, de los sujetos y objetos específicos, de la sociabilidad, de la memoria y sus usos, de la vida cotidiana... También de las mutaciones, cambios y evoluciones de todos esos parámetros. Se ha intentado siempre una articulación coherente, aunque frecuentemente dificultosa, de la perspectiva de la larga duración y la de los procesos históricos específicos.

De este modo, el primer tomo, coordinado por Miguel Ángel Cabrera y Juan Pro, se dedica a *La creación de las culturas políticas modernas (1808-1833)*, profundiza en el estudio de los fundamentos políticos y jurídicos, los discursos de nación, patria y religión, los usos de la historia, los espacios y la sociabilidad en el interior y el exilio, para concluir indagando en el proceso de formación de la cultura política liberal, así como en la cultura de realistas y afrancesados.

29 Resultaría sin duda excesivo intentar reflejarlas todas en este texto introductorio. Anotemos, en cualquier caso, cómo desde distintas aproximaciones antropológicas, sociológicas e historiográficas se ha venido a restituir la debida centralidad a los planos de la vida cotidiana, la experiencia vivida y la perspectiva, en suma, de la «historia desde abajo». Así, superando la vieja dicotomía entre lo público y lo privado o la definición restrictiva de lo político, encontramos, en el plano de la sociología, las aportaciones de CEFAl (2001a) y su noción de *experiencia*, o las de LIPP (1990) recogiendo al efecto las contribuciones de la *Alltagsgeschichte*.

De *Las culturas políticas de la España liberal, 1833-1874*, se ocupa el segundo volumen, coordinado por M.^a Cruz Romeo y María Sierra. También en él se investigan los marcos de referencia («naturalización» de la historia, religión y secularización, economía, relaciones de género), los espacios de socialización y creación de valores (educación, escritura, culturas de sociabilidad, lenguajes de clase y reivindicativos), así como los discursos de nación del progresismo, el republicanismo, el liberalismo conservador y el antiliberalismo reaccionario.

El volumen tercero —*Las culturas políticas en la España de la Restauración y la República (1875-1936)*—, coordinado por Carlos Forcadell y Manuel Suárez Cortina, parte una vez más de los análisis sobre los fundamentos básicos (catolicismo y nación, masas y caudillos, género, prensa y opinión pública, usos de la historia, culturas nacionalistas), para centrarse en su segunda parte en las distintas familias políticas (liberalismo y democracia, cultura republicana, culturas libertaria, socialista, tradicionalista, regionalistas).

Del franquismo a la democracia, 1936-2013, es el título del volumen cuatro, coordinado por Manuel Pérez Ledesma e Ismael Saz. En él se abordan las raíces culturales de las culturas políticas —nacionalcatólica y fascista— que serían dominantes en el régimen, sus procesos de formación, la forma en que se relacionan, enfrentan y evolucionan en el marco de la dictadura, las vías de difusión de la «cultura franquista». Pero se estudian también las culturas del antifascismo y del antifranquismo, en el interior y en el exterior, para indagar asimismo en la perspectiva desde abajo, la relativa a las actitudes sociales de los ciudadanos. La transición democrática como ruptura con el pasado y la afirmación de una cultura democrática constituyen marcos de referencia para situar el estudio de las culturas y familias políticas específicas, de izquierdas, derechas y nacionalistas, así como de las actitudes culturales de los «nuevos movimientos sociales» y la eventual quiebra de la «matriz cultural» de la democracia española.

El obligado respeto a la complejidad de las experiencias latinoamericanas, tanto como a las distintas tradiciones historiográficas, ha aconsejado agrupar en dos volúmenes las contribuciones relativas a dichas experiencias. Así, los volúmenes quinto —coordinado por Marta Bonaudo y Nuria Tabanera— y sexto —con Marta Casaús y Morna Macleod como coordinadoras— abordan el estudio de las culturas políticas en América Latina, hasta 1930 en el primer caso y hasta 2012, en el segundo. En ellos, se ha querido dar cuenta de las peculiaridades históricas y de los procesos compartidos que configuran la trayectoria latinoamericana, respetando, eso sí, la coherencia de fondo del conjunto de la obra. En efecto, también se parte aquí del estudio de las bases de las

culturas políticas (soberanía, representación, religión, nación...), así como de los espacios de circulación (escuela, familia, opinión pública, sociabilidad), para desarrollar la pertinente indagación en las culturas del liberalismo, el republicanismo y el caudillismo, el socialismo, el anarquismo y el antiliberalismo reaccionario. Ya en el siglo XX, se estudian las redefiniciones en cuanto a los marcos de referencia (nación, soberanía, religión, etnia) y el surgimiento de nuevas culturas y prácticas, autoritarias, populistas, neopopulistas y democráticas. Pero también ocupa un lugar central la atención a los nuevos actores, valores y culturas de resistencia (revolución, indigenismo, movimiento de las mujeres). La indagación en los espacios de circulación de las culturas políticas, con especial atención a la dimensión transnacional y a los lugares de conflicto y violencia, completa esta visión de conjunto ya en los albores del siglo XXI.

A lo largo de estos seis volúmenes se demuestra, creemos, el gran potencial heurístico de un enfoque, el de las culturas políticas, que abraza las grandes líneas de renovación historiográfica, la de la historia cultural y la de la historia política. Y que lo hace de una forma articulada, reflexiva, plural, abierta y creativa; reconociendo la complejidad del problema, pero exigiendo la mínima coherencia teórica e historiográfica que evite su banalización.

Tal vez el enfoque aquí elegido como marco para el desarrollo general de la obra no sea el mejor de los posibles, ni, por supuesto, el único o «verdadero». Tampoco pretendemos que esta sea una especie de «historia contemporánea» de España y América Latina. Pero creemos, el lector juzgará por sí mismo, que lo que aquí se ofrece es una historia general y articulada del surgimiento, consolidación, mutaciones, crisis y nuevas y sucesivas articulaciones de las grandes culturas y tradiciones políticas en España y América Latina a lo largo de toda la historia contemporánea. Por eso y porque las culturas construyen identidades y, por ende, son cruciales en la determinación de los contextos históricos, en la configuración de los procesos históricos generales y aun en la construcción, siempre conflictiva, de los regímenes políticos, creemos también que la obra que el lector tiene en sus manos puede constituir una contribución esencial al conocimiento de toda nuestra historia contemporánea, desde sus orígenes con el liberalismo revolucionario hasta las actuales democracias. No pretende ser, por supuesto, una contribución única ni definitiva, pero sí podría considerarse, ese es nuestro objetivo, un punto de partida, esperamos que firme, para ulteriores estudios, investigaciones y reformulaciones.

Una obra de esta magnitud hubiera sido imposible sin la ayuda, colaboración y asistencia de numerosas entidades. Fundamental ha sido la financiación por el Ministerio de las dos redes temáticas a que nos referíamos al principio.

Las Universidades en las que se inscriben los proyectos englobados en dichas redes (Autónoma de Madrid, Cantabria, La Laguna, Sevilla, Valencia y Zaragoza) han permitido, con la utilización de sus infraestructuras y servicios, que la compleja serie de reuniones que ha acompañado el desarrollo de la obra fuera posible. Una mención especial merece la ayuda de la Institución «Fernando el Católico» de Zaragoza. Debemos hacer constar también especialmente el agradecimiento a todos aquellos colaboradores no pertenecientes a nuestra red que han participado con el mismo entusiasmo y compromiso que los miembros de la misma. Vaya nuestro agradecimiento final a los editores de la obra —Marcial Pons Ediciones de Historia y Prensas de la Universidad de Zaragoza— y a sus responsables, que han aceptado con valentía y determinación un reto nada fácil en los momentos en que vivimos.